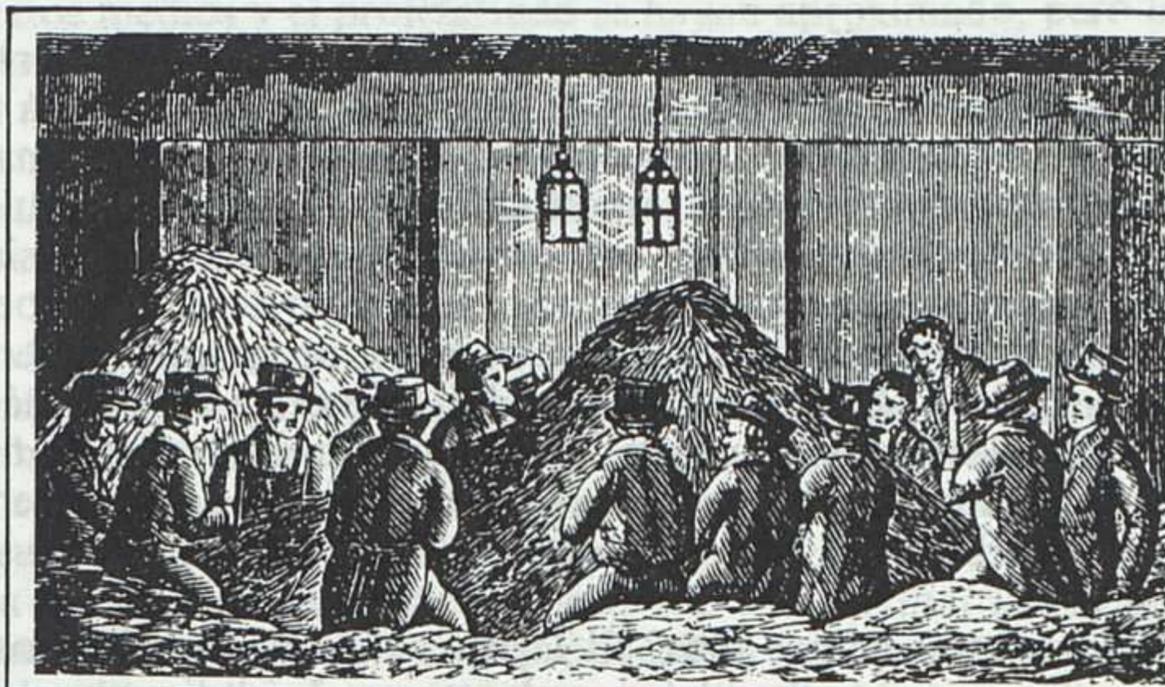

ENRIQUE TIERNO: UNA LUZ EN EL TUNEL

Antonio García Santesmases

análisis y debate



5

El fallecimiento de Enrique Tierno Galván exige hacer una reflexión sobre la producción ideológico-política de uno de los más importantes representantes del socialismo español posterior a la guerra civil. La figura de Tierno no era simple ni unívoca, y por ello su legado ha suscitado y suscitará consideraciones diversas acerca del catedrático, del ensayista, del intelectual, del agnóstico, del político partidario de la monarquía parlamentaria como salida a la dictadura, o del Alcalde anti-otanista. La interrogante que quisiera desvelar en estas páginas remite al Tierno teórico del socialismo. ¿Qué papel jugaba en su concepción el marxismo? ¿Cuál era para Tierno la tarea de la izquierda en este final de siglo?

Elías Díaz ha distinguido tres etapas fundamentales en la obra de Tierno: neo-tacitismo, funcionalismo y socialismo democrático. Me voy a centrar en este artículo en la tercera de ellas. Una etapa que, personalmente, tengo asociada a uno de los primeros textos que leí de Tierno. Me refiero a su participación en las famosas conversaciones que Salvador Paniker publicó a finales de los años sesenta. En aquella entrevista¹ Tierno se define como un socialista-marxista, deseoso

de romper con el academicismo y vincularse, a través de la praxis, a la lucha de los trabajadores. Estamos ante un Tierno agnóstico que afirma que «la muerte le suena a música celestial», y que recomienda a Paniker que si va a entrevistar a Zubiri le pregunte cómo es posible que un filósofo no tenga preocupaciones sociales.

En aquellas conversaciones, en las que también participan Aranguren, Ruiz-Jiménez y González Ruiz, sobresale un Tierno agnóstico, materialista, que no confunde, sin embargo, materialismo con pragmatismo y que se indigna cuando Paniker le insinúa que quizá al obrero actual sólo le preocupe el bienestar material. Tierno contesta rotundamente: «Me niego a aceptar esa hipótesis; hay que desmitificar el bienestar. No existe ni existirá bienestar en tanto no exista una igualdad práctica ni una libertad práctica... los países capitalistas tratan de mantener un sistema de clases amparándose en tópicos como ese de la igualdad de oportunidades. ¿Pero dónde existe esa igualdad de oportunidades? Hay que hablar claro... hay que buscar la diferencia de clases, la realidad social como diferencia de clases, para encontrar un sentido a la propia vida y a las propias ideas. Un sentido moral también». Estamos ante un Tierno enormemente optimista que llega a afirmar: «La vocación revolucionaria del país es mayor que nunca, España es el país de Europa donde hay más hambre y sed de ideales... en España ha habido más asimilación revolucionaria en los últimos diez años que en los últimos siglos»².

Este Tierno de 1969 contrasta vivamente, a primera vista, con el Tierno de septiembre de 1985, que declara en una de sus últimas entrevistas: «Está sucediendo en muchos españoles, y desde luego no excluyo a los socialistas, una pérdida de ideales, un escepticismo y una irresponsabilidad... para darse a un ocio de puro bienestar... Nunca los españoles han estado tan vacíos de entusiasmo ideológico. Hoy somos un pueblo de indiferentes... El pueblo no quiere saber nada de luchas políticas, ni de contenidos ideológicos en los programas: quiere administradores eficaces que le garanticen bienestar. No le interesa el para qué vivir sino el buen vivir. Las elecciones las ganan los buenos administradores, no los buenos ideólogos. Y estamos en el túnel. Espero que salgamos pronto. Pero las ideas hoy están en crisis. Nadie se hace ya preguntas finalistas»³.

¿Qué ha ocurrido en estos quince años? El Tierno de los últimos tiempos percibe una disyuntiva que piensa que tendrá que plantearse algún día: «o se abandona el socialismo y nos convertimos en pragmáticos administradores, o volvemos a ser socialistas y defendemos los enunciados desde la práctica política. O se resuelve ese dilema o el PSOE se queda vacío de contenido»⁴.

Convendría antes de nada, volver la vista atrás y recordar el tipo de socialismo que defendía Enrique Tierno en los años finales del franquismo y al comienzo de la transición democrática.

El socialismo de izquierda. Utopía y pragmatismo

En innumerables artículos y conferencias a lo largo, fundamentalmente, de los años 1976 y 1977, Tierno va diferenciando nítidamente socialismo de socialdemocracia. Socialdemócrata es el partidario de una mayor justicia social, una mejor distribución de la riqueza y una disminución de la diferencia entre las clases sociales. Socialista es el que busca cambios sustanciales en la organización

político-social y en la estructura económica. Las aspiraciones socialdemócratas se cifran en colaborar con las instituciones burguesas, sin pretender sustituirlas. El socialdemócrata cree que el propio proceso del capitalismo implica su superación. El socialista de izquierda piensa que «...no basta con acelerar las propias contradicciones del sistema capitalista, sino que hay que enfrentarse a él con programas y con respuestas que sean realmente contradictorias con respecto al capitalismo»⁵. El socialismo de izquierda defiende la revolución cultural. La única revolución cultural que puede realizarse en Europa ha de partir de una concepción materialista del mundo. El marxismo y el socialismo tienen los tres grandes soportes que hacen que una concepción del mundo sea plena: una ontología que explica lo que es, lo que existe; una teoría de la ciencia que explica los supuestos, el porvenir y los condicionamientos de la ciencia; y una filosofía de la finitud que da al hombre una trascendencia, no la trascendencia de una tercera sustancia ajena al mundo, sino una trascendencia histórica en el propio mundo⁶.

El socialismo democrático parte de una concepción marxista del mundo y pretende lograr una revolución cultural en la que el hombre alcance la identidad consigo mismo, en que llegue a ser un hombre en libertad, y no un hombre encadenado y enajenado. El socialismo defiende un porvenir cualitativo y no cuantitativo. Este porvenir cualitativo choca, sin embargo, con una cultura que homogeniza y reduce. Las antiguas circunstancias de la lucha de clases se han transformado, se ha producido un aumento del nivel de vida que ha provocado que los estratos medios y el proletariado se hayan aproximado, pero la pregunta que un socialista tiene que hacerse es: ¿hemos conseguido una libertad real y una igualdad real? ¿Una independencia real, una justicia real? ¿O por el contrario el capitalismo avanzado lo que está haciendo es conducirnos a una destrucción de los aspectos profundos y de los valores superiores? La contestación de Tierno a todos estos interrogantes no puede ser más inequívoca:

«Simplemente porque ha escamoteado la antigua lucha de clases y porque ha disminuido el número de hambrientos y ampliado la seguridad social, nos pide a cambio que seamos esclavos contentos y que aceptemos la vida misérrima que nos ofrece, como si ya no existiese la causa sagrada de la revolución, que es a fin de cuentas la causa sagrada de la especie»⁷. Los grandes temas del socialismo, para Tierno, siguen en pie: es necesario transformar la estructura económica, o se cambian las relaciones de producción, se socializa la propiedad y se hace al hombre libre, director, administrador, distribuidor y en última instancia, controlador del consumo y de la producción, o el capitalismo acabará con todo.

El socialismo de izquierda que Tierno defiende no abandona los postulados revolucionarios, pero es consciente de que «...sería totalmente irreal pretender que en la sociedad europea actual se podrían producir cambios súbitos, repentinos, que llevasen la democracia burguesa a una democracia socialista. Esto es una quimera que no tiene sentido... hemos de ir gradualmente y en la medida en que la propia convivencia democrática lo tolere. Pero entiendo que ir gradualmente implica una permanente y constante oposición al sistema capitalista, aprovechando cualquier resquicio...»⁸.

Probablemente el rasgo más característico del pensamiento de Tierno en todo este período es el establecer la vinculación entre una defensa de los principios revolucionarios y una práctica política dominada por la prudencia, la moderación y la sensatez. La política socialista es y debe ser consecuencia de la utopía, debe estar dinamizada por un motor utópico, pero la práctica del pragmatismo es ne-

cesaria para que la utopía pueda ser posible. La política es por un lado utopía, por otro negociación. En los trabajos de estos años encontraremos, por ello, tanto críticas radicales al desdibujamiento ideológico de los socialdemócratas europeos y a su actitud sumisa ante el capital, como continuas advertencias en contra de las exageraciones demagógicas y los maximalismos.

En pocos acontecimientos de aquella época se ven tan claramente reflejada esta dualidad del pensamiento de Tierno como en su análisis de lo ocurrido en Chile en la época de la Unidad Popular. Meses antes del derrocamiento del gobierno de Salvador Allende, Tierno había escrito: «Desde que Marx y Engels defendieron la necesidad inexcusable de una dictadura de clase para que pudiera producirse la transición a una sociedad socialista, no ha habido ningún intento práctico y muy pocas especulaciones teóricas que reflejasen con claridad, en el orden de los hechos, la posibilidad de una transición pacífica al socialismo. La tesis general que asume la violencia como uno de los elementos imprescindibles para que pueda producirse una revolución con profundidad suficiente para que las instituciones capitalistas sean abolidas, tanto al nivel de la estructura económica, como en el de la superestructura social e ideológica, parece que se oscurece, o por lo menos pierde su carácter de solución única y exclusiva ante el caso de Chile»⁹. El reto fundamental en Chile era hacer una verdadera revolución sin salirse de la legalidad.

Años después dirá Tierno: «La lección de Chile fue una lección inolvidable, fue una lección muy amarga que nos hizo retroceder a todos en cuanto a nuestras aspiraciones al radicalismo. La fuerza de esta ley de los pronunciamientos militares: dejemos que llegue al caos, porque el caos justifica siempre la intervención para imponer el orden, ha estado siempre en mi conciencia y de ahí nace el continuo consejo de que evitemos como sea y haciendo las concesiones que sean el caos o algo parecido al caos, porque en caso contrario el orden se impondrá después por las bayonetas, cuando ya se carece de fuerza para restringirlas. Todo ello sin mengua de sostener los principios e incluso con rigor, porque el rigor sólo es perverso cuando se practica a destiempo en la práctica»¹⁰.

Tierno predica la moderación, la sensatez y la prudencia a lo largo de toda la transición: «Se puede acelerar la negociación hacia la utopía cuando las circunstancias lo permiten, pero hoy no ocurre así. Hoy acelerar la historia es difícil, sobre todo en un país circunscrito por los intereses atlánticos, lo que todavía hace más difícil el proceso... Debemos mirarnos en Portugal, un buen ejemplo de excesiva aceleración que constituyó, sin duda, un error, que puede desembocar en la destrucción de las propias posibilidades de acelerar. No podemos correr el mismo riesgo... en la izquierda los acontecimientos de Portugal han contribuido positivamente a aumentar las cautelas...»¹¹.

Tierno tenía una conciencia clara del peligro de un pronunciamiento militar contra la democracia española que se estaba construyendo; por ello afirmaba: «...Estábamos convencidos que la destrucción del conato de Estado democrático, que aquella larva, germen o inicial preñadura, perecería en cuanto hiciéramos algo más de lo tolerado». Y remachaba, en inequívoco castellano: «...quedó claro que no era posible la ruptura social ni mucho menos la económica con las viejas estructuras capitalistas. Ni estaba el horno para bollos, ni se podían pedir peras al olmo»¹².

Tierno pretendió articular políticamente el socialismo de izquierda a través del Partido Socialista Popular. El PSP era un partido, si atendemos al análisis de

Raúl Morodo, bifronte. Para unos tenía que ocupar un espacio intermedio entre el PSOE y la UCD, constituyendo una especie de neoazañismo progresista (Morodo afirma que eran la minoría del partido). Para otros (la mayoría), su destino estaba en articular un socialismo autogestionario como partido a la izquierda del PSOE ¹³.

El hecho es que los resultados electorales del 15 de junio de 1977 generan, según el análisis de Tierno, una frustración en los cuadros dirigentes del partido, y una mala situación económica con muchas deudas. Tierno ha relatado, con total sinceridad, su interpretación de aquellos momentos: «En mi mente no entraron razones de patriotismo, porque no me parecía que fuera mejor ni más patriótico ni más conveniente, para el bien de todos, que se fusionasen ambos partidos. Creía entonces, y creo ahora, que un partido como el PSP hubiera podido mantenerse como partido y ejercer una función equilibradora que hacía falta. No quiero iluminarme con el brillo de la púrpura de las buenas y generales intenciones que cualifican el patriotismo» ¹⁴.

A partir de aquel momento la figura de Tierno como líder del socialismo español no difumina. La hipótesis contraria a la unidad se basaba, para Tierno, en lo que denominaba la larga marcha por el desierto, es decir, la supervivencia del PSP como un partido de denuncia, de testimonio y de resistencia al sistema capitalista. Muchos autores se han preguntado qué hubiera hecho Tierno en el caso de haber ejercido el liderazgo dentro del socialismo español, si la opción del PSP hubiera sido la opción socialista mayoritaria en junio de 1977. La constante apelación a la prudencia, a la sensatez y a la moderación, pueden hacer pensar que su práctica política no hubiera sido muy distinta a la que posteriormente llevó a cabo.

La interrogante más importante que podemos hacernos es, sin embargo, la contraria: ¿si el PSP se hubiera mantenido como partido de denuncia, en el ámbito del socialismo de izquierda, hubiera podido el PSOE evolucionar tan velozmente hacia posiciones socialdemócratas?

Pienso que no hubiera sido posible. La postulación constante de principios utópicos alternativos hubiera chocado bruscamente con la defensa posterior de la economía de mercado o de la permanencia en la OTAN por parte del PSOE. El hecho es que aquella unidad que para Tierno supuso una mutilación, hizo imposible verificar esa hipótesis.

Tras los avatares del 28 Congreso socialista su reclusión en la alcaldía le alejará de las polémicas intrasocialistas. Su figura, sin embargo, seguirá siendo un referente importante para la cultura de izquierda. Sus gestos serán siempre observados, aplaudidos o criticados: desde la negativa a recibir a Reagan hasta el apoyo a Nicaragua, cualquier palabra o insinuación acaparará inmediatamente la atención de todos.

El Tierno alcalde, consciente de su impotencia para poder influir en las relaciones de poder, defenderá sus principios e ideales desde la razón municipal como una razón contrapuesta a la razón de Estado. La ciudad aparecerá definida como una reserva pacífica frente al estatalismo belicista ¹⁵.

El agnosticismo. Finitud y trascendencia histórica

El agnóstico vive perfectamente en la finitud y no necesita más. El agnosticismo no es «existencial» y permite integrarse al agnóstico en la finitud de toda perfección. Ser agnóstico es no echar de menos a Dios. Para el agnóstico finitud es una situación en sí misma satisfactoria o que se satisface a sí misma. El agnóstico no entiende la necesidad de una realidad trascendente; en este sentido el agnóstico está perfecto en la finitud, en cuanto que no concibe que haya nada fuera de ella y no lo echa de menos.

Estas afirmaciones contenidas en uno de los libros más interesantes de Enrique Tierno, *Qué es ser agnóstico*, adquieren quizá hoy mayor interés que en el momento en que fueron escritas. En nuestro contexto cultural se dan dos rasgos que hacen que la posición de Tierno sea peculiar. En primer lugar, al haber reducido el socialismo únicamente a una doctrina política ha prescindido de toda concepción del mundo que tenga que servir de base al proyecto socialista. Tierno, por el contrario, insiste en esta obra en la necesidad de apoyar el socialismo democrático en una concepción agnóstica, materialista, del mundo. En segundo lugar, hoy se acostumbra a confundir el materialismo con un puro pragmatismo que olvida todo componente utópico y que hace del agnóstico un hombre «liso», perfectamente instalado no en la finitud, sino en la actual sociedad. Es por ello frecuente que se acostumbre a no hacer referencia al viejo contencioso filosófico entre cristianismo y marxismo, reduciendo la religión a un asunto puramente privado en el que la razón política ni puede ni debe entrar. Tierno, con un respeto exquisito hacia las creencias ajenas, intentó, sin embargo, ahondar críticamente en este contencioso.

Para Tierno el agnóstico no es un hombre «liso». No sufrir la inquietud ni gozar las satisfacciones que supone la idea y la vivencia de lo trascendente, por estar perfectamente instalado en la finitud, no quiere decir que no se sufran las inquietudes y se gocen las satisfacciones que la idea y la vivencia de la finitud tienen en cuanto algo que se agota en sí mismo. El agnóstico vive tranquilo en la finitud. Lo cual no quiere decir que no le alcancen todos los problemas que tienen sentido y significado en lo finito. Las posibilidades de conocer se agotan en lo finito, pero el agnóstico, aunque es un hombre que no tiene fe, no por ello está negado a lo inefable. Puede vivir lo inefable, como ocurre con la vivencia erótica, pero continúa siendo agnóstico, es decir, no deja de estar perfectamente instalado en la finitud.

El agnóstico asentado en la finitud con la firmeza de quien no admite el conocimiento de otra realidad aparece como el hombre sin tragedia teológica, es decir, sin vivir la contradicción entre la vida como destino en el mundo y la vida como destino fuera del mundo. Todo es mundo, es decir, finitud. De aquí la serenidad del agnóstico y su actitud ante la muerte. La serenidad vital viene de aceptar los acontecimientos como hechos que se dan sin ninguna causación ni dirección exterior al mundo. El agnóstico se reconcilia con los sucesos del mundo y su arbitrariedad; al mundo hay que cogerlo como es, pues para el agnóstico «hay lo que hay» y nada ajeno a la realidad finita puede admitirse como existente. El agnóstico instalado en la finitud con su «ajuar existencial» completo no echa nada de menos, tampoco a Dios.

El agnóstico no tiene la ambición intelectual de sobrepasar la vida más allá de las fronteras del mundo, porque el mundo no tiene fronteras, todo es finitud. La

insatisfacción del mundo nunca es insatisfacción que proceda del mundo en cuanto finitud, sino del mundo en cuanto resultado de la manipulación por parte de esa realidad del mundo que llamamos hombre. Estar perfectamente instalados en la finitud no significa darse «buena vida». Los revolucionarios viven la satisfacción de la finitud como sacrificio y esfuerzo, porque el mundo es imperfecto para ellos. Satisfacción quiere decir que es bastante o suficiente, no que lo finito sea de suyo placentero. Pero los revolucionarios saben que cualquier alternativa del mundo se agota en el propio mundo.

El ser agnóstico es, para Tierno, el testimonio de la madurez de la secularización. Una secularización que en Tierno no conduce ni a un inmanentismo panteísta ni a una dimisión ética de cualquier responsabilidad con la especie. El agnóstico debe ser consciente del período histórico que vivimos. Un período de fraccionamiento y de consumo que exige cada día más cosas, pero que a su vez muestra que cuantas más cosas hay, y más se fracciona el mundo, más hondas son las heridas de la tierra y más urgente la protesta, la alarma, ante la amenaza que sufre la propia especie. La finitud, dirá Tierno, reclama un estado de alerta que es casi un estado de alarma. El agnóstico cree en la utopía del mundo, confía en que el conocimiento completo de la finitud lleve a una instalación del hombre en el mundo que coincida absolutamente con las exigencias de la especie. El perfecto estar instalado no implica velar las contradicciones que hacen imperfecto lo finito, aquí y ahora, sino el perfecto estar instalado sólo coincidirá con la perfección objetiva de la finitud, es decir, con la perfección de los hombres. No es posible, por ello, una instalación perfecta en lo finito si se reduce la finitud a un sector de lo finito. Estar de modo perfecto en lo finito significa asumir la finitud global.

Tras este largo resumen que he realizado de algunas de las ideas más importantes de este libro de Tierno, es imprescindible situar su pensamiento en relación con otras producciones de la época. Al menos con dos de las tradiciones que Tierno combate: una, las producciones teológicas de la época; otra, la que denomina Comtismo ingenuo, que no es sino el discurso de los defensores de la ingeniería social.

Vayamos con los primeros. Tierno se sorprendió, probablemente con razón, de que su obra no hubiera encontrado mayor eco crítico en círculos teológicos, pero más aún de que algunos sectores cristianos afirmasen que su posición era muy cercana a la expuesta por Tierno. Para Tierno la coincidencia entre marxistas y cristianos en su común denuncia de los defectos del capitalismo y en la política práctica a desarrollar no admitía duda. Donde Tierno encontraba mayor dificultad era en la coincidencia en el plano de los principios. Tierno pensaba que si lo divino y lo finito se confunden, es decir, si se niega la trascendencia, nadie puede llamarse cristiano, ya que cuando lo inmanente sustituye a lo trascendente, la teología se convierte en un simple decir sobre el mundo. La «admiración» del agnóstico ante el hombre de fe está vinculada a la trascendencia, ya que de las creencias en los componentes de la finitud no hay motivo ni razones para asombrarse.

Algunos de los teólogos críticos con Tierno le reprochaban que siguiese operando con un esquema filosófico muy tradicional, donde la trascendencia aparecía como una tercera sustancia ajena al transcurso del mundo. Era la época en que era frecuente oír hablar de una teología de la esperanza, del mundo de la historia, y por ende de un Dios liberador de la servidumbre humana, como futuro absoluto para el hombre. Tierno criticará agudamente esta concepción al afirmar:

«Si el mundo se perfecciona según transcurre la historia, en cuanto admitimos que Dios está fuera de la historia, como creador del tiempo y de la historia, vincular a El la idea de progreso es acusarle de cruel. Sólo un Dios cruel permitiría el sufrimiento y la muerte impiadosa de seres para que se consiga la perfección a través del tiempo histórico, que sería buena para gozar del no tiempo de la perfección, pero nociva para los condenados a nacer cuando la perfección no se ha alcanzado»¹⁶.

Como vemos, esta posición de Tierno es justamente la contraria de aquéllos que han defendido una «memoria pasionis», como memoria de los vencidos y de las víctimas, a las que ninguna revolución futura podrá redimir y que sólo encontrarán salvación de manos de un Dios trascendente. Tierno insiste, con lucidez, que ello lleva a plantear una vez más el viejo tema de la compaginación entre la miseria humana y la justicia divina. La gran diferencia entre el agnóstico y el creyente está en que el agnóstico sabe que aceptar el mundo supone admitir sus contradicciones, proyectando las esperanzas en la vida. La finitud no es lo divino, lo perfecto en el sentido tradicional. Tierno no defiende ningún tipo de inmanentismo sino que es consciente que la finitud es vulnerable, en un mundo vulnerable, pero no acepta tampoco superponer a las contradicciones inexplicables e insufribles del mundo un Dios que nos permita proyectar la esperanza fuera de la vida.

Fiel a estos principios dirá Tierno, años después, cercana ya su propia muerte: es cierto que el dolorido, el que está sufriendo el dolor, busca el camino de la esperanza que va a dar a un ser superior que organiza el mundo. El dolor parece invitar a la oración como vehículo para encontrar una esperanza, para hallar el gran salvador, el que ha de resolver. Tierno ante esta situación afirmará: «Para el agnóstico que no quiera incurrir en deslealtades es muy claro que incluso el dolor hace más problemática la justicia divina»¹⁷.

Una tercera y última consideración sobre las producciones teológicas de la época remite a la insistencia en subrayar la especificidad cristiana frente al mundo griego y a la experiencia oriental. Esta insistencia en el carácter salvífico del mensaje cristiano será comentada de la siguiente forma por Tierno: «...El retraso histórico en la aparición del cristianismo es difícil de explicar, cuando antes tantas gentes habían sufrido y necesitaban también de consuelo... no se sabe por qué se eligió ese tiempo y por qué se favoreció a esas gentes... como es muy difícil de explicar el hambre desde el punto de vista de la justicia divina...»¹⁸.

La posición de Tierno es, como decía, sumamente interesante porque, siendo profundamente materialista, ello no implica sucumbir a la pura trivialización. El que Tierno no participase de las preocupaciones de un Horkheimer por lo «totalmente otro», o de un Benjamin por la memoria de los vencidos, no implica que quedase apesadado por la finitud parcial. Ni que olvidase los problemas del conjunto de la especie. Consciente hasta el final de que no podía confiar en ningún tipo de Dios tapa-agujeros, ni siquiera en los momentos de mayor dolor, cuando la muerte ya no era música celestial (como afirmaba en aquella conversación de 1969) sino realidad bien próxima, su preocupación, hasta el final, estará en evitar que el agnosticismo se disuelva en un escepticismo radical. Su inquietud se cifrará en constatar que la crisis de las iglesias ha conducido a una situación en que hay pocas instituciones que conserven el espíritu, y despierten en la gente la conciencia de la contradicción.

El agnosticismo de Tierno, que no piensa que el vacío de nuestra cultura se puede llenar con otro Dios, sino con otros hombres, porque sólo otros hombres pueden hacer otro mundo, topa con una situación al final de su vida en que ya nadie se hace preguntas finalistas, con un túnel en el que las ideas están en crisis.

Tierno y la cultura de izquierda

Si el primer interlocutor del agnosticismo, del materialismo, del marxismo de Tierno es el cristianismo, el segundo es el comtismo ingenuo, la ingeniería social. Javier Muguerza ha recordado la definición que Tierno daba de sí mismo como hombre utópico y pragmático. «Tierno era un hombre de principios y esto quiere decir no tanto un hombre que es fiel a rajatabla a esos principios y practica a machamartillo su observancia —lo que en política por suerte o por desgracia no siempre es hacedero—, cuanto un hombre que en la tesitura de tener que ponerlos eventualmente entre paréntesis, no por ello deja de rendirles culto...», en una situación, como define Muguerza, en la que «...el culto a los principios ha cedido el paso en nuestros días, dentro de cualesquiera organizaciones políticas, al simple imperativo de ganar elecciones sin otra finalidad aparente que la instalación en la maquinaria administrativa, como si su dominio constituyese un bien en sí»¹⁹.

El culto de Tierno a los principios sobresale en una cultura de izquierda donde la mala secularización, la Ilustración trivial, amenaza con reducir la política a un asunto de negocios. Para Tierno la identificación con el sentido del mundo, la necesidad de perfección histórica, parte de que el mundo es nuestra salvación en cuanto es nuestro único posible hogar. La finitud es nuestra casa, dirá, es nuestra casa para siempre, pero repitámoslo: no la finitud parcial, escindida, del hombre enajenado, sino la finitud global, de una Especie que logra rectificar en su relación con el medio.

El marxismo en cuanto concepción del mundo ofrece, para Tierno, esencialmente tres cosas: un método para interpretar las estructuras sociales, una ética que está en el fondo de cualquier problema político y un motor utópico que permite dar un sentido práctico a la vida²⁰.

Es importante subrayar el papel de la ética. «Hay que rehacer la célebre frase diciendo que para el marxismo, detrás de cualquier problema social o político, hay un problema ético. Es cierto que las relaciones de producción condicionan la moral, pero es igualmente cierto que las aspiraciones morales, la ética como perfección de la convivencia, define a su vez la protesta frente a las relaciones de producción»²¹.

La ética como protesta frente a las relaciones de producción, como estado de alerta, de alarma, evita que la finitud genere un hombre liso, sin entusiasmo. Tierno insistirá, repetidamente, en la necesidad de contar con una tabla de valores con la que uno pueda identificarse. En esta misma Revista, en un artículo escrito en 1981, «Socialismo y Revolución»²², señalará que en los países europeos occidentales la elevación del bienestar ha eliminado la conciencia de clase explotada, destruyendo cualquier contenido mesiánico. Los partidos socialistas se han convertido en partidos pequeño-burgueses, en partidos socialdemócratas, en partidos reformistas, para ellos no tiene sentido practicar ni defender la revolución. Dentro de las zonas más desarrolladas del planeta sólo caben reformas lentas y pacíficas que conduzcan a una mayor igualdad. ¿Cómo se puede en estas condi-

ciones ser revolucionario? La defensa de la ética marxista, dirá Tierno, es el camino que queda para mantener los principios revolucionarios.

Como veíamos en la primera parte de este artículo, el socialismo de izquierda de Tierno combinaba el utopismo con el pragmatismo, el culto a los principios con la conciencia nítida del peligro de cualquier aceleración del proceso histórico. Quizá ello explique que el pensamiento de Tierno tenga hoy más actualidad que en el momento de ser formulado. Hace diez años no cabe duda que las esperanzas de la izquierda, en el proceso del socialismo del Sur de Europa y en la aparición del eurocomunismo, hacían que se viviese la expectativa de una quiebra de la política de bloques como algo deseable y factible en nuestro país.

En ese contexto la lectura que Tierno hacía, por ejemplo, de los sucesos chilenos, no era particularmente atractiva para muchos sectores de izquierda. Su insistencia en evitar, al precio que fuese, la ley de los pronunciamientos militares, sonaba a abdicación de los objetivos socialistas. Su revolución, sin violencia, era un híbrido utópico-pragmático de difícil digestión. Eran momentos en que el reformismo revolucionario estaba a la orden del día y nadie se recataba, en los textos, en hablar de álgidos e inexorables momentos de polarización social si se quería real y efectivamente dar la batalla final al capitalismo y al imperialismo, batalla que pasaba, indeclinablemente, por una lucha en el interior de los propios aparatos coercitivos. ¿Qué socialismo revolucionario era el que quería huir de esos momentos inexorables, haciendo concesiones al enemigo de clase? La crítica a las posiciones no violentas de Tierno hacía que su «revolución cultural» fuera simplemente enjuiciada como cosa de poca monta.

¿Qué pensar hoy, cuando aquel socialismo autogestionario y neutralista ha quedado olvidado en la noche de los tiempos, y nos encontramos en plena hegemonía neoliberal y atlantista? La respuesta me parece que es evidente. Hoy cualquiera que vuelva a leer a Tierno descubrirá que fueron sus palabras extraordinariamente premonitorias:

«Vine a señalar al PSOE como un partido socialdemócrata... se trataba simplemente de dejar claro un hecho que a mi juicio estaba necesariamente vinculado al PSOE en su nueva etapa. En efecto, el tiempo ha demostrado que era y es así, quizá porque la sociedad española no admite otra cosa, quizá porque la clase dirigente no permite que la sociedad española tenga otra cosa, en cualquier caso en Europa ocurre lo mismo.» «...El socialismo revolucionario y beligerante en el seno de la sociedad capitalista significa una contradicción que de modo casi inexorable se resuelve por la violencia. Criterio que hoy no es ejercitable ni moralmente elogiabile, salvo como reserva utópica para un momento mejor»²³.

Hoy aquella revolución cultural, esa reserva frente al sistema capitalista de Tierno adquiere una inequívoca actualidad por su carácter excepcional. Tierno no quiso, como hemos visto, mantener contra viento y marea una organización socialista minoritaria que defendiera principios antitéticos con el actual sistema dominante. Al renunciar a lo que denominó la travesía del desierto, su capacidad para influir en las relaciones de poder, o en la elaboración doctrinal del socialismo español, quedó sensiblemente amortiguada. Ello no le impidió, sin embargo, aparecer como alguien que mantenía cierta austeridad, cierta sobriedad, que sabía guardar distancia. Tierno, en medio del túnel, aparecía como una luz que de vez en cuando iluminaba.

Su defensa de una educación de los instintos, por ejemplo su reivindicación de la ascética en aquellos setenta, sonaba a lenguaje clerical, hasta el punto que Goytisolo escribió un artículo mordaz sobre las tribulaciones de «Fray Tierno». En la época del deslumbramiento por la alta sociedad de tantos dirigentes socialistas, aquella austeridad que sustentaba su ascética figura recibiría, por el contrario, el aplauso generalizado de la cultura de izquierda. Efectivamente, nunca fue hombre que defendiera la promiscuidad valorativa, lo cual en momentos de travestismo ideológico como el actual no es poco.

El último Tierno, el Tierno alcalde, gusta de distanciarse del poder establecido: «Yo no estoy en el poder. Mi poder es el de un alcalde que administra los bienes y servicios de sus vecinos, luchando por la igualdad material entre los distintos sectores sociales, los distintos barrios, pero estoy al margen del poder, no me gusta ni el poder ni el mando, prefiero tener autoridad, crédito moral»²⁴. Su eficacia municipal indudable, verificada constantemente por el gran cariño del pueblo de Madrid hacia su figura, no le impedirá iluminar desde el túnel, manteniendo vivas sus antiguas preocupaciones y rindiendo culto, como decía Muguerza, a sus principios. En estas preocupaciones últimas por despertar la conciencia ciudadana sobresale, en el último Tierno, su gran preocupación por el problema de la paz en el mundo actual. En uno de sus últimos escritos dirá: «...el hecho es que la sociedad está hirviendo y una gran parte de este hervor se traduce en fervores, en fervores pacifistas y fervores ecologistas que son nobilísimos y que no tendrían que estar marginados por los partidos políticos. Hay que despertar la conciencia de la gente respecto de la contradicción que significa, por poner un ejemplo, el científico, muy frecuente en Norteamérica —yo lo he visto— que sale de su casa, besa al niño, dice adiós al jardinero, besa a su mujer, ha dejado la segadora hace unos momentos, por la mañana temprano, en un jardín cuidado... en fin, ese científico que es un hombre de paz, pero que se va al laboratorio a trabajar en una bomba atómica. Hay que poner al descubierto esas contradicciones. Trabajar por la bomba atómica, trabajar por la destrucción universal, es imperdonable»²⁵.

Este Tierno último no olvida, sin embargo, que esa protesta ética, ese despertar la conciencia, tan necesario en una época en que aparecen debilitadas las instituciones que se ocupan del espíritu, no puede circunscribir el trabajo por la paz a movimientos ciudadanos, sino que tiene que realizar una lucha en el ámbito internacional y en el ámbito de las instituciones. Las instituciones a las que corresponde decidir o no sobre la paz son los altos poderes, son los Estados. Estados que hoy son un peligro para los hombres. Son un peligro porque hoy los Estados violan las normas internacionales, se introducen en la soberanía de otros Estados, bombardean en una expedición de castigo. ¿Cómo se ha llegado a esta situación? La respuesta de Tierno no puede ser más clarificadora: «...el mantener cada día más activa una industria, que es una industria de guerra, que está haciéndose la dueña de los recursos naturales de los países, ha llevado a los grandes Estados, concretísimamente a los Estados Unidos, a no poder defender la paz sino a tener que sostener la guerra o la amenaza de la guerra como un pretexto para que continúe la gran producción. Esa enorme cantidad, esos millones de americanos que viven de la maquinaria bélica y que producen continuamente armas destructoras que se venden a otros países. Quiere esto decir que el problema de la guerra en sentido colectivo, y por tanto la consecución de la paz, radica en un cambio del sistema»²⁶. Mientras el sistema sea el sistema, la paz estará siempre en peligro.

Acontecimientos como el bombardeo norteamericano sobre Libia, la financiación de los «contra» en Nicaragua, o el caso omiso que ha hecho la Administración Reagan de la condena del Tribunal de La Haya, no hacen sino reflejar que, desgraciadamente, las palabras de Tierno también en este punto fueron premonitorias: o se cambia el sistema o la paz estará siempre en peligro. Para esa lucha por cambiar el sistema ya no podremos contar, sin embargo, con la palabra y la acción de Enrique Tierno. Nuestra condición finita, y por tanto vulnerable, hace que el perecimiento sea una característica de nuestro ser, pero ello no evita que desde entonces nos encontremos todos un poco más solos en el túnel.

- ¹ La entrevista con S. Paniker fue recogida en una recopilación sobre artículos y entrevistas con Tierno denominada *España y el socialismo*, Túcar ediciones, Madrid, 1976, págs. 168 a 189.
- ² Entrevista citada en la nota anterior, págs. 178-179.
- ³ Entrevista con P. Urbano en la revista *Epoca*, semana del 2-8 de septiembre de 1985, pág. 19.
- ⁴ Entrevista citada en la nota anterior, pág. 20.
- ⁵ E. Tierno Galván: «El socialismo de izquierda», en el volumen *Democracia, Socialismo y Libertad*, Ediciones Paulinas, 1977, pág. 187.
- ⁶ E. Tierno Galván: Conferencia sobre la revolución cultural en el Ateneo de Madrid en octubre de 1976, incluida en el libro *Carta a un amigo sobre don Enrique Tierno Galván*, de Antonio Gómez Rufo, Ediciones Antonio Machado, Madrid, 1986. El texto de la conferencia abarca las páginas 107 a 129. La definición sobre el marxismo como concepción del mundo está en la página 110.
- ⁷ Discurso de Enrique Tierno Galván en el «III Congreso del PSP». Túcar ediciones, Madrid, 1976, pág. 13.
- ⁸ E. Tierno Galván: «El socialismo de izquierda», en *Democracia, Socialismo y Libertad*, páginas 191-192.
- ⁹ E. Tierno Galván: «La legalidad como alternativa», en la revista *Triunfo*, 3 de marzo de 1973.
- ¹⁰ E. Tierno Galván: *Cabos Sueltos*. Editorial Bruguera, Barcelona, mayo de 1981, págs. 466 y 467.
- ¹¹ E. Tierno Galván: *Democracia, Socialismo y Libertad*, pág. 68.
- ¹² E. Tierno Galván: *Cabos Sueltos*, pág. 524.
- ¹³ R. Morodo: *Por una sociedad democrática y progresista*. Ediciones Turner, Madrid, 1982. «Sobre el PSP: partido aglutinante y partido puente en la oposición democrática», págs. 169 a 199.
- ¹⁴ E. Tierno Galván: *Cabos Sueltos*, págs. 686 y 687.
- ¹⁵ Se pueden consultar los artículos de M. Ortuño, «La dimensión internacional del municipio», y de M. Mella, «Ciudad y Estado en el pensamiento del profesor Tierno», en el núm. 71/72 de la revista *Sistema* dedicado a Tierno.
- ¹⁶ E. Tierno Galván: *Qué es ser agnóstico*. Tecnos, tercera edición, Madrid, 1982, pág. 99.
- ¹⁷ E. Tierno Galván: *Yo no soy ateo*, Editorial Alandar, Madrid, 1986, pág. 16.
- ¹⁸ E. Tierno Galván: *Yo no soy ateo*, pág. 6.
- ¹⁹ J. Muguerza: «Mis encuentros con Tierno», núm. 71/72 de la revista *Sistema*, pág. 204.
- ²⁰ E. Tierno Galván: «Reflexiones sobre el proceso de mi evolución intelectual». Revista *Sistema*, núm. 3, pág. 13.
- ²¹ Artículo citado en la nota anterior, pág. 13.
- ²² E. Tierno Galván: «Socialismo y revolución», en *LEVIATAN*, núm. 3, octubre de 1981, págs. 97 a 105.
- ²³ E. Tierno Galván: *Cabos Sueltos*, pág. 645.
- ²⁴ Conversación en la revista *Epoca*, 2-8 de septiembre de 1985, pág. 16.
- ²⁵ *Yo no soy ateo*, pág. 16.
- ²⁶ La conferencia pronunciada en el Centro Cultural Conde Duque, con motivo del año internacional de la paz, ha sido reproducida por Gómez Rufo en su libro *Carta a un amigo sobre don Enrique Tierno Galván*, Ediciones Antonio Machado, Madrid, 1986, págs. 38 a 46.